



Volante para los boletines – Honremos a todas las madres

Las ovejas conocen la voz del Buen Pastor, que busca a las perdidas, incluso en medio de la noche. Las buenas madres están en la misma sintonía, escuchan las necesidades de sus hijos y sacrifican el sueño y la comodidad por ellos. La maternidad refleja el amor incondicional de Dios, haciendo sacrificios personales como un don sincero. Y, como el Buen Pastor, las madres se alegran cada vez que se reencuentran con sus hijos y refuerzan sus lazos de amor.

La maternidad es a menudo una vocación poco celebrada. Gran parte de la maternidad se lleva a cabo a escondidas: aliviando los dolores de los más pequeños, sirviendo de maestra, cocinera, entrenadora, consejera y preparando a los hijos jóvenes para sus propias vidas, independientes pero siempre unidos. En cada uno de estos momentos, las mujeres aprovechan los dones de su feminidad que les aportan fuerza y compasión, cariño y aliento. Las madres se sienten realizadas en los momentos pequeños: regalos hechos a mano, un abrazo apretado y un beso fugaz de sus hijos grandes y pequeños.

Aun así, nuestra cultura debe hacer más para apoyar la maternidad, que en muchos sentidos está perdiendo prestigio social. En un mundo donde las personas se ven intercambiables, a veces se deja de lado el vínculo incomparable entre madre e hijo. Sin embargo, como nos enseña el Evangelio de hoy, la voz del Pastor es única e irrepetible. Lo mismo ocurre con la voz de una madre para sus hijos. Los recién nacidos ya conocen la voz de sus madres, cuyos cuerpos los han albergado durante nueve meses, y son las madres quienes presentan a los niños al mundo, incluso al nuevo padre, y les enseñan la pertenencia, la comunidad, el amor y la responsabilidad.

Hoy recemos para que todas las madres reciban la gracia que necesitan para ser el mejor ejemplo de amor abnegado y generoso para sus hijos. Mostremos nuestra gratitud por los innumerables momentos de consuelo y apoyo que brindan las madres. Y honremos a todas las madres como imagen visible del amor de Dios en el mundo.

“La obra maestra más hermosa del corazón de Dios es el corazón de una madre”. – Santa Teresa de Lisieux

Santa Mónica era una cristiana devota nacida en la Argelia del siglo IV. Casada con Patricio, un no creyente, sobrellevó como pudo los abusos emocionales y la infidelidad de éste. Rezó fervientemente por su conversión, que finalmente se produjo un año antes de su muerte.

Su mayor lucha fue su hijo, Agustín, que rechazó el cristianismo, se unió al maniqueísmo, vivió con una amante y tuvo un hijo fuera del matrimonio. Durante casi 20 años, Mónica rezó insistentemente por su conversión, y una vez escuchó de un obispo: "El hijo de esas lágrimas no perecerá jamás". Practicó el amor duro, pero al final optó por permanecer cerca de Agustín, instándole a seguir buenas influencias, como la de san Ambrosio. Sus oraciones fueron escuchadas en el año 387, cuando Agustín se convirtió al cristianismo. Mónica murió ese mismo año, siendo testigo de la transformación de su hijo en teólogo y Doctor de la Iglesia. Sigue siendo un modelo de paciencia y del poder de la oración en la adversidad.

Pregunta para dialogar:

En nuestra cultura, la maternidad se ve a veces como una cruz, o peor aún, como un límite a nuestras ambiciones personales. ¿Cómo nos muestran los ejemplos de la Santísima Virgen María, Santa Mónica y otras madres que conocemos, el poder de la maternidad para adentrarnos en el amor de Dios y participar en la formación de la nueva generación de santos?

¡Escanee para obtener más información!

